

Derribar estatuas no borra la historia, nos hace verla más claramente

Via [Jacobin América Latina](#)

El antirracismo es una batalla por la memoria. Esta es una de las características más notables de la ola de protestas que ha surgido en todo el mundo después del asesinato de George Floyd en Minneapolis. En todas partes, los movimientos antirracistas han cuestionado el pasado al atacar monumentos que simbolizan el legado de la esclavitud y el colonialismo: el general confederado Robert E. Lee en Virginia; Theodore Roosevelt en la ciudad de Nueva York; Cristóbal Colón en muchas ciudades de los Estados Unidos; el rey belga Leopoldo II en Bruselas; el traficante de esclavos Edward Colston en Bristol; Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas de Louis XIV y autor del infame “Código Negro” en Francia; el padre del periodismo italiano moderno y ex propagandista del colonialismo fascista, Indro Montanelli, etc.

Ya sean derribadas, destruidas, pintadas o garabateadas, estas estatuas personifican una nueva dimensión de lucha: la conexión entre los derechos y la memoria. Destacan el contraste entre el estado de los negros y los sujetos poscoloniales como minorías estigmatizadas y brutalizadas, y el lugar simbólico dado en el espacio público a sus opresores, un espacio que también conforma el entorno urbano de nuestra vida cotidiana.

Estallidos de iconoclasia

Es bien sabido que las revoluciones poseen una “furia iconoclasta”. Ya sea espontáneo, como la destrucción de iglesias, cruces y reliquias católicas durante los primeros meses de la Guerra Civil española, o planeado con más cuidado,

como la demolición de la columna Vendôme durante la Comuna de París, este estallido de iconoclasia da forma a todo derrocamiento del orden establecido.

El director de cine Sergei Eisenstein comienza [Octubre](#), su obra maestra sobre la Revolución Rusa, con imágenes de la multitud derribando una estatua del zar Alejandro III, y en 1956 los insurgentes de Budapest destruyeron la estatua de Stalin. En 2003, como una confirmación involuntariamente irónica de esta regla histórica, las tropas estadounidenses organizaron la caída de una estatua de Saddam Hussein en Bagdad, con la complicidad de muchas estaciones de televisión incrustadas, en un intento de disfrazar su ocupación como un levantamiento popular.

A diferencia de ese caso, allí donde la iconoclasia de los movimientos de protesta es auténtica, siempre despierta reacciones indignadas. Los comuneros fueron presentados como “vándalos” y Gustave Courbet, uno de los responsables de derribar la columna, encarcelado. En cuanto a los anarquistas españoles, fueron condenados como feroces bárbaros. Una indignación similar ha florecido en las últimas semanas.

Boris Johnson se ha escandalizado porque la palabra “racista” fue escrita en una estatua de Churchill, un hecho sobre el que existe un consenso académico, vinculado a los debates actuales sobre su descripción de los africanos y su responsabilidad por la hambruna de Bengala en 1943.

Emmanuel Macron se queja indignado de una iconoclasia similar en un mensaje a la nación francesa que, reveladoramente, nunca mencionó a las víctimas del racismo: “Esta noche, les digo muy claramente, mis queridos conciudadanos, que la República no borrará ningún hecho ni a nadie de su historia. No olvidará ninguno de sus logros. No derribará ninguna estatua”.

En Italia, el lanzamiento de pintura roja sobre una estatua de Indro Montanelli en un jardín público en Milán ha sido

denunciado unánimemente como un acto “fascista” y “bárbaro” por todos los periódicos y medios de comunicación, con la excepción de Il Manifesto. Herido en la década de 1970 por terroristas de izquierda, Montanelli fue canonizado como un heroico defensor de la democracia y la libertad.

Después de la “ofensa cobarde” infligida a su estatua por los arrojadores de pintura, un editorialista de Corriere della Sera insistió en que ese héroe debería ser recordado como una figura “sagrada”. Sin embargo, este acto “bárbaro” resultó fructífero al revelar a muchos italianos cuáles habían sido los logros “sagrados” de Montanelli: en la década de 1930, cuando era un joven periodista, celebró el Imperio fascista y sus jerarquías raciales; enviado a Etiopía como corresponsal de guerra, de inmediato compró una niña eritrea de catorce años para satisfacer sus necesidades sexuales y domésticas. Para muchos comentaristas, estas eran las “costumbres de la época” y, por lo tanto, cualquier acusación de apoyar el colonialismo, el racismo y el sexismo son injustas e injustificadas. Sin embargo, aún en la década de 1960, Montanelli condenó el mestizaje como fuente de decadencia civilizatoria, con argumentos tomados directamente del Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas de 1853-1855 de Arthur Gobineau.

Estos fueron, de hecho, los mismos argumentos defendidos vigorosamente por el KKK en su oposición al movimiento por los Derechos Civiles en los Estados Unidos durante el mismo período. Contra cualquier evidencia, el padre espiritual de dos generaciones de periodistas italiano negó indignado que el ejército fascista hubiese llevado a cabo bombardeos de gas durante la Guerra de Etiopía. Los “bárbaros” de Milán querían recordarnos estos simples hechos.

De hecho, es interesante observar que la mayoría de los líderes políticos, intelectuales y periodistas indignados por la ola actual de “vandalismo” nunca expresaron una indignación similar por los repetidos episodios de violencia policial,

racismo, injusticia y desigualdad sistémica contra las que se producen las protestas. Se han sentido bastante cómodos en tal situación.

Muchos de ellos incluso elogiaron un diluvio iconoclasta diferente hace treinta años, cuando las estatuas de Marx, Engels y Lenin fueron derribadas en Europa Central. Mientras que la perspectiva imaginada de tener que vivir con este tipo de monumentos es intolerable y sofocante, están muy orgullosos de las estatuas de generales confederados, comerciantes de esclavos, reyes genocidas, arquitectos legales de la supremacía blanca y propagandistas del colonialismo fascista que constituyen el legado patrimonial de las sociedades occidentales. Como insisten, “no borrarémos ningún hecho o figura de nuestra historia”.

En Francia, derribar los vestigios monumentales del colonialismo y la esclavitud generalmente se explica como una forma de “comunitarismo”, una palabra que actualmente tiene un sentido peyorativo, que significa implícitamente que tales vestigios molestan exclusivamente a los descendientes de esclavos y colonizados, no a la mayoría blanca que fija las normas estéticas, históricas y conmemorativas que enmarcan el espacio público. De hecho, muy a menudo el supuesto “universalismo” de Francia tiene un aire desagradable a “comunitarismo blanco”.

Al igual que lo hicieron sus antepasados, la “furia iconoclasta” que actualmente se extiende por las ciudades a escala mundial reclama nuevas normas de tolerancia y convivencia civil. Lejos de borrar el pasado, la iconoclasia antirracista conlleva una nueva conciencia histórica que inevitablemente afecta al paisaje urbano. Las estatuas en disputa celebran el pasado y sus actores, un hecho simple que legitima su eliminación. Las ciudades son cuerpos vivos que cambian de acuerdo con las necesidades, valores y deseos de sus habitantes, y estas transformaciones son siempre el resultado de conflictos políticos y culturales.

Derribar monumentos que conmemoran a los gobernantes del pasado da una dimensión histórica a las luchas contra el racismo y la opresión en el presente. Significa probablemente incluso más que eso. Es otra forma de oponerse a la gentrificación de nuestras ciudades que implica la metamorfosis de sus distritos históricos en sitios reificados y fetichizados.

Una vez que una ciudad es clasificada como “patrimonio mundial” por la UNESCO, está condenada a morir. Los “bárbaros” que derriban estatuas protestan implícitamente contra las políticas neoliberales actuales que simultáneamente expulsan a las clases bajas de los centros urbanos y las transforman en vestigios congelados. Los símbolos de la vieja esclavitud y el colonialismo se combinan con el rostro deslumbrante del capitalismo inmobiliario, y estos son los objetivos de los manifestantes.

El punto de vista de los vencidos

Según un argumento más sofisticado y perverso, la iconoclasia antirracista expresa un deseo inconsciente de negar el pasado. A pesar de lo opresivo y desagradable que fue el pasado, según este argumento, no se puede cambiar. Esto es sin duda cierto. Pero hacerse con el pasado, particularmente un pasado hecho de racismo, esclavitud, colonialismo y genocidios, no significa celebrarlo, como lo hacen la mayoría de las estatuas derrocadas.

En Alemania, el pasado nazi está abrumadoramente presente en las plazas y calles de las ciudades a través de monumentos conmemorativos que recuerdan a sus víctimas en lugar de a sus perseguidores. En Berlín, el Memorial del Holocausto se erige como una advertencia para las generaciones futuras (das Mahnmal). Los crímenes de las SS no se recuerdan mediante una estatua que celebre a Heinrich Himmler, sino a través de una exposición al aire libre y bajo techo llamada “Topografía del terror” que se encuentra en el sitio de una antigua oficina de

las SS.

No necesitamos estatuas de Hitler, Mussolini y Franco para recordar sus fechorías. Precisamente porque los españoles no han olvidado el franquismo, el gobierno de Pedro Sánchez decidió sacar los restos del Caudillo de su monumental tumba. Solo desacralizando el Valle de los Caídos se puede consignar este monumento fascista al reino de la memoria en una sociedad democrática consciente.

Por eso es profundamente engañoso comparar el objetivo de nuestra iconoclasia antirracista actual con los fines de la antigua *damnatio memoriae* (condena al olvido). En la antigua Roma, esta práctica tenía como objetivo eliminar las conmemoraciones públicas de emperadores u otras personalidades cuya presencia chocaba con los nuevos gobernantes. Tenían que ser olvidados.

La eliminación de Leon Trotsky de las imágenes oficiales soviéticas bajo el estalinismo fue otra forma de *damnatio memoriae*, y fue la inspiración para el 1984 de George Orwell. En el estado ficticio de Oceanía, escribió el escritor británico, el pasado se reescribió por completo: "Las estatuas, las inscripciones, las piedras conmemorativas, los nombres de las calles, todo lo que pudiera arrojar luz sobre el pasado había sido alterado sistemáticamente".

Estos ejemplos son comparaciones engañosas, porque se refieren a la eliminación del pasado por parte de los poderosos. Sin embargo, la iconoclasia antirracista busca provocativamente liberar el pasado de su control, "lijar el pasado" al repensarlo desde el punto de vista de los gobernados y vencidos, no a través de los ojos de los vencedores.

Sabemos que nuestro patrimonio arquitectónico y artístico está cargado con el legado de la opresión. Como afirma un famoso aforismo de Walter Benjamin: "No hay ningún documento de civilización que no sea al mismo tiempo un documento de

barbarie". Los que derrumban estatuas no son nihilistas ciegos: no desean destruir el Coliseo o las pirámides.

Más bien, preferirían no olvidar que, como señaló Bertolt Brecht, estos notables monumentos fueron construidos por esclavos. Edward Colston y Leopold II no serán olvidados: sus estatuas deben conservarse en museos y de manera que no solo expliquen quiénes fueron y sus logros extraordinarios, sino también por qué y cómo sus personas se convirtieron en ejemplos de virtud y filantropía, objetos de veneración – en resumen, las encarnaciones de su civilización.

Ola global

Esta ola de iconoclasia antirracista es global y no admite excepciones. Los italianos (incluidos los italo-americanos) y los españoles están orgullosos de Colón, pero las estatuas del hombre que “descubrió” las Américas no tienen el mismo significado simbólico para los pueblos indígenas.

Su iconoclasia reclama legítimamente un reconocimiento público e inscripción de su propia memoria y perspectiva: un “descubrimiento” que inauguró cuatro siglos de genocidio. En Fort-de-France, la capital de Martinica, dos estatuas de Victor Schœlcher, tradicionalmente celebradas por la República Francesa como un símbolo de la abolición de la esclavitud en 1848, fueron derribadas el 22 de mayo. Como dice el diario derechista Le Figaro, “Los nuevos censores creen que poseen la verdad y son los guardianes de la virtud”.

De hecho, los “nuevos censores” (es decir, los jóvenes activistas antirracistas) desean pasar la página de la tradición paternalista y sutilmente racista del “universalismo” francés. Siempre describió la abolición de la esclavitud como un regalo para los esclavos de la República ilustrada, una tradición bien resumida por Macron en el discurso citado anteriormente.

Los “nuevos censores” comparten la evaluación de Frantz Fanon,

quien analizó este cliché en su libro *Black Skin White Masks* de 1952 : “El hombre negro se contentó con agradecer al hombre blanco [su emancipación], y la prueba más contundente del hecho es la impresionante cantidad de estatuas erigidas por toda Francia y las colonias que representan a la Francia blanca acariciando el cabello rizado de ese agradable negro cuyas cadenas acaba de romper”.

Hacerse con el pasado no es una tarea abstracta o un ejercicio puramente intelectual. Más bien, requiere un esfuerzo colectivo y no se puede dissociar de la acción política. Este es el significado de la iconoclasia de los últimos días. De hecho, si bien ha estallado en el marco de una movilización antirracista global, el terreno ya había sido preparado por años de compromiso contra-memorial e investigación histórica llevada a cabo por una multitud de asociaciones y activistas.

Como toda acción colectiva, la iconoclasia merece atención y crítica constructiva. Estigmatizarla despectivamente es simplemente disculpar una historia de opresión.